

Anatomía de un vacío

Ah Yi y Una pizca de maldad

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

sirve para destacar toda su complejidad, la precaria organización de los activistas, las múltiples formas con que se ejerció la protesta y, en suma, el aire disperso y sin una dirección clara de las reivindicaciones. En su narración, Mayo del 68 queda suspendido en una atmósfera algo vaporosa. La identificación que hace de los actores, los tiempos y las consecuencias de aquel movimiento adolece de una deliberada y rigurosa falta de precisión.

Raymond Aron:
"Los que denuncian el sistema se creen libres porque no se comprometen"

La actitud de Raymond Aron es muy diferente. Sigue con mucha atención las jornadas de mayo, publica artículos en la prensa en los que discrepa abiertamente y desde el principio trata de captar el sentido primordial de todo aquello. Recogió sus recuerdos en un capítulo de sus *Memorias* y sus reflexiones quedaron plasmadas en un libro titulado *La revolución inencontrable*. Al año siguiente participó en unos encuentros en Ginebra, donde coincidió con Marcuse, el profeta de la insurrección juvenil. En su conferencia, to-



1968: El año en que el mundo pudo cambiar

Richard Vinen

Cítica, 2018, 525 páginas, 27 euros



La libertad, ¿liberal o libertaria?

Raymond Aron

Página Indivisa, 2018
226 páginas, 13,50 euros

da una lección de liberalismo, ahora meditada en España, yendo directamente al grano, se pregunta por la concepción de la libertad, si liberal o libertaria, que anima a la nueva izquierda que ha irrumpido en las calles de París. Y, refiriéndose a los contestatarios, concluye: "Pero estos, que denuncian el sistema en su totalidad en vez de identificar sus defectos y proponer reformas, se creen libres porque no se comprometen a nada".

El quid de Mayo del 68 es escuerrino. En Francia, el centro de la contestación, hubo violencia, pero ni un solo muerto. En las grandes democracias liberales se rebajó la edad del derecho a votar a los 18 años, pero ningún gobierno fue abolido. El historiador Eric Hobsbawm habla de fracaso político, pero éxito moral. Emergieron asuntos con gran fuerza disruptiva en las sociedades avanzadas del bienestar y el consenso. Si Aron ha sido el analista más certero del 68, la cuestión que se discute en aquel mes de mayo no era otra que la posibilidad de dar un vuelco a la relación entre la libertad y la autoridad. Entonces la segunda se imponía por desquie a la primera, pero nada es ya igual. Mayo del 68 estuvo dominado por un espíritu liberal muy fuerte, y como bien proclaman algunos, no se termina porque la humanidad seguirá tanteando eternamente los límites de su libertad, combinando siempre pasos hacia delante con pasos hacia atrás.

del declive en que comenzaba entrar, en esa década de los 60, aquella larga marcha triunfal del capitalismo tras la Segunda Guerra Mundial.

Los escenarios de aquella crisis amenazante fueron múltiples: la ofensiva del Tít en Indochina, la Primavera de Praga, las revueltas estudiantiles con la famosa huelga general en París secundada por los obreros y acompañada con la toma de fábricas, las manifestaciones en México, Estados Unidos, Alemania, Italia, Grecia, España, Pakistán... Y específicas fueron también en cada caso las causas que originaron aquellos estallidos revolucionarios de dimensión global. Sin duda, causas inmediatas diferentes, pero todas con un origen común: los efectos negativos que estaba originando la evolución del capitalismo surgido tras el conflicto bélico mundial tanto el liberal del mundo desarrollado como el capitalismo de Estado surgido del burocratismo estalinista del socialismo realmente existente en el Este.

Entre esas causas específicas que originaron los distintos focos revolucionarios del 68 habría que mencionar los negativos efectos que para libertad pública y cotidiana tuvieron las dictaduras de izquierda y de derecha; las graves consecuencias que, tanto para los pueblos que el neocolonialismo imperante en los sesenta intentaba someter como para las propias sociedades de las metrópolis imperialistas, originó la descolonización en marcha; la falta de libertad real, no formal, que dominaba en las democracias occidentales, tanto como la ausencia de libertad formal y burocratización imperante en los regímenes del socialismo real; la segregación y el racismo imperantes que desencadenó la lucha por los derechos civiles en países como Estados Unidos y el des-

contento por la guerra de Vietnam; y, en fin, el ascenso creciente entre los sujetos de la conciencia del sistema patriarcal dominante a la de la sensibilidad ecológica nacida como consecuencia del impulso destructor del sistema capitalista industrial.

Es claro, pues, que, para quienes interpretan el Mayo de 68 desde esta perspectiva, aquellos sucesos se entienden como verdaderamente revolucionarios e, incluso, consideran que muchas de sus demandas siguen siendo todavía hoy vigentes en la actualidad. Incluso muchas de las insurrecciones y protestas del 68 no sólo siguen presentes hoy, si-

El origen común de las movilizaciones está en los efectos negativos de la evolución del capitalismo

no que se han hecho todavía más acuciantes de modo que han sido el origen del desarrollo y las luchas de los movimientos feminista y ecologista actuales. Y han hecho cada vez más generalizada la conciencia de la necesidad de un cambio cultural, en el marco de una nueva realidad política, social y económica, que haga efectiva una sociedad que valore y promueva la expresión de verdaderos sentimientos personales y valores colectivos de la sociedad ante el creciente individualismo y uniformización social que genera el actual capitalismo globalizado.

No es extraño, pues, que, en este nuevo aniversario, los que piensan el 68 como lo hemos analizado más arriba consideren todavía pertinente la edición de un libro como *1968. El mundo pudo cambiar* que fue publicado en el anterior aniversario de aquellos hechos revolucionarios. Libro cuyo contenido desarrolla un análisis bastante completo de aquel proceso revuelto iniciado a través de 16 artículos y dos apartados, de reducidas dimensiones. Capítulos y apartados que abarcan desde la visión de conjunto de aquel proceso revolucionario hasta las concretas de los diferentes focos revolucionarios, con especial atención al caso español al que dedican una parte del libro con artículos de Jaime Pastor, Manuel Garí y Miguel Romero.

Entre, como los restantes 17 autores del libro entre los que tenemos otros nombres tan conocidos como Tariq Ali, David Borsari o Pierre Bourdieu, no hacen sus análisis desde una óptica académica propiamente dicha, sino desde el compromiso con los planteamientos de la izquierda radical, además de haber sido todos ellos verdaderos actores en aquellos acontecimientos revolucionarios. Al contrario que muchos de los que hoy escriben sobre Mayo de 68, estos no es que pasaron por allí, sino que fueron verdaderos protagonistas de aquellos acontecimientos.

En fin, a pesar de los diez años transcurridos desde su primera edición, estamos todavía con este libro ante uno de los análisis más completos del ciclo revolucionario del 68 con una interpretación de aquellos sucesos como una verdadera revolución que buscaba una transformación radical de la sociedad de su tiempo y cuyas demandas consideramos todavía hoy vigentes.

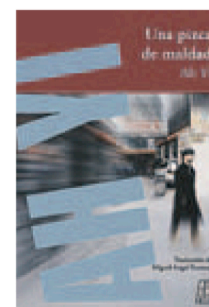
El cine policiaco, cierta literatura de género y la sección sucesos de la realidad nos familiarizan con la idea de que, en el campo del delito, el móvil es la madre de todas las batallas. Detectado el asesinato, el abanico de la sospecha se perfila y se clarifican los motivos desencadenantes de la acción. Si el amor no atiende a razones, el crimen sin duda las exige. Por ello, existen pocas circunstancias tan desasosegantes como la de hallarse ante una violencia sin porqué.

Cuando Meursault en *El extranjero* mata al árabe en la playa, lo hace con una especie de delicadeza y con una ausencia de pasión que nos abruma mucho más que cualquier manifestación de rencor o de ira. Ser un asesino apático e indiferente propone una paradoja demasiado profunda, que a la postre se convierte en monstruosa. La ausencia de significado condena al estupor. Algo de ese pasmo nos asiste ante la burocratización del asesinato de masas, industrial, como ocurrió durante el nazismo, cuando algunos ejecutores del genocidio confesaron haber obrado sin odio, sadismo ni voluntad de infligir daño o sufrimiento, sino por sentido del deber, que es a menudo la justificación predilecta de quienes carecen de móvil.

El escritor chino Ah Yi propone en *Una pizca de maldad* una variación sobre el personaje del asesino sin razón, remordimiento ni causa. Un muchacho de 19 años decide matar a una compañera de estudios por tedio. No intenta probar una teoría estrambótica acerca del superhombre. No persigue ningún beneficio de tipo sexual ni de carácter económico. No busca fama, notoriedad o revancha. Lo único que anhela es el alivio del tiempo: llenar sus horas con algo distinto a comer, dormir o defecar. La angustia del asesino es la angustia del hombre privado de sentido. Y su drama, duplicado, consiste en advertir que el crimen no otorga tampoco ninguna estructura. Al contrario. El silencio intolerable de la realidad, la evidencia de que nada ha cambiado allá fuera tras robar una vida, sólo confirma la carencia de sentido para el más radical de los gestos.

Ah Yi articula su lectura del crimen mediante la secuencia cronológica: antes, durante y después. Es el propio asesino quien narra su peripecia. Asistimos a la preparación del acto, a su ejecución y a sus consecuencias. Comprendemos que cualquiera puede ser una víctima. Acabamos la anomia del protagonista. Descubrimos el vacío sin culpa de una conciencia aburrida. El asesino huye tras cometer su crimen, pero lo hace sin convicción. De hecho, a la postre sólo desea ser atrapado, como si cualquier juego mereciera una pausa. Su fuga es apenas otra manifestación azarosa.

Novela sin trama y sin razones, novela sin moral ni pedagogía, *Una pizca de maldad* traslada las angustias del existencialismo clásico al enjambre contemporáneo chino. La mudanza de escenarios no redime de la sensación de familiaridad. No en vano, es una invariante humana la que aquí se interroga: el sinsentido.



Una pizca de maldad

Ah Yi

Adriana Hidalgo, 2017
184 páginas, 17 euros